

trucción de sentido), ni tampoco una identidad fija o fácilmente delimitable (tanto víctimas como victimarios pueden asumir esa posición). De hecho, la figura del testigo no está libre de caer en las trampas de la fantasía o la melancolía, y de replicar así la lógica de la violencia que observa (al universalizar el dolor propio o invisibilizar el de otros).

El punto central, sin embargo, es la conexión teórica que Palacios busca establecer aquí entre la figura del testigo «afectado» por el dolor del otro y la experiencia de la angustia (teorizada al comienzo del libro como correlato corporal de la condición existencial del vacío) que impide representar discursivamente la violencia. La figura teórica del «testigo angustiado» es la de quien observa las perplejidades de la violencia sin «llenar el vacío con significado» (p. 154). Lo llamativo de la propuesta de Palacios es que tal posibilidad descansa en un «gesto estético» cuya operación instituye una «distancia» que muestra, revela y des-oculta los significados y hegemonías establecidas. Mi intuición es que tras la elusiva problematización de la figura del testigo se esconde el intento de Palacios por delinear algo así como una ética de la observación.

La ética de la observación que *Radical Sociality* plantea hacia el final puede ser leída como una respuesta al problema de cómo sostener una posición y orientarse en un mundo sin fondo. No obstante, en la propuesta de una ética como estética de la distancia el libro halla su propia indeterminación. Dicha ética está condenada a permanecer en estado de (im)potencia política si el ejercicio de *observación* se erige desconectado de la demanda moral de *juzgar* los traumas de violencias pasadas y presentes y, por lo tanto, del horizonte para la *acción* que inescapablemente se abre en el «medio» de un mundo ya fisurado.

REFERENCIAS

Simmel, Georg ([1904] 2013). *El conflicto: Sociología del antagonismo*. Madrid: Sequitur.

Rodrigo CORDERO
rodrigo.cordero@udp.cl

Los intelectuales nunca mueren. Una aproximación sociohistórica (1900-2000)

Josep Picó y Juan Pecourt
(Barcelona, RBA Libros, 2013)

Josep Picó ha venido y sigue siendo en el ámbito de la sociología española un auténtico «hombre tranquilo». Sin aspavientos y con laudable y callada tenacidad, ha publicado a lo largo de su dilatada carrera un buen número de valiosas obras dedicadas al Estado y la cultura del bienestar, la modernidad y sus sacudidas críticas y la historia intelectual (sin olvidar su importante presencia en su día al frente de la Institución Valenciana de Estudios e Investigación, vinculada con la cual se hallaban las impagables ediciones de la colección Alfóns

el Magnànim. Baste con recordar que se debe a la iniciativa del profesor Picó la aparición en nuestra lengua de la biografía de Max Weber escrita por su viuda, Marianne Weber).

Ya apartado de las tareas docentes en la Universidad de Valencia, Josep Picó no ha interrumpido su programa de reconstrucción crítica de la historia de las ciencias sociales que variadas estancias de investigación en Cambridge y París se ocuparon de cimentar. Autor en solitario del espléndido libro *Los años dorados de la sociología* y, posteriormente, en colaboración con Inmaculada Serra, de *La Escuela de Chicago de sociología*, publica ahora, junto con Juan Pecourt, el volumen objeto de esta recensión.

La fórmula «senior author-junior author», tan común en el mundo anglosajón y tan escasamente practicada en el hispano, propulsa aquí un feliz resultado. Los autores no especifican cómo se han repartido el trabajo pero no parecería imprudente suponer que el enfoque a largo plazo de la cuestión debatida proviene de la iniciativa de Picó mientras que las reflexiones prospectivas sobre la misma recaen fundamentalmente en Pecourt. De esta manera, la reivindicación del *tempo* histórico y el análisis de procesos de cambio, todavía en trance, relativos a los intelectuales en la sociedad mediática y global se ensamblarían armónicamente, de la mano de dos serios y complementarios profesionales.

Aunque el ensayo se centre en el siglo XX como indica su subtítulo, en realidad arranca con la aparición del pensamiento ilustrado y culmina en la actualidad. La exposición es precisa y bien documentada, suministrando un cuerpo de información útil tanto para el público interesado en el tema como para estudiantes de cursos relacionados con la historia y la sociología de la cultura. Constituye la obra, así pues, un empeño clarificador y, al mismo tiempo, un texto de referencia que no cae en la aridez del manual ni tampoco en la erudición exhaustiva de la investigación monográfica.

La interrelación intelectuales-sociedad-política se hace radicar, como es lógico, en el «affaire Dreyfus», para ir luego desgranándose, etapa a etapa, a lo largo de nombres y episodios tan relevantes como Benda, Mannheim y Gramsci; las dos guerras mundiales; los regímenes totalitarios y autoritarios; la guerra fría; la llegada de la sociedad de consumo; la normalización de la cultura popular y la entrada en la era global.

Es imposible en una simple reseña recoger sintéticamente todo lo aportado. Me limitaré por ello a señalar lo acertado de la visión de conjunto, sin olvidar tampoco que lo vasto de la empresa hace que los autores, aun cuando salen airoso del lance por lo común, no pueden, sin embargo, evitar que, aquí y allá, se produzcan lagunas y presentaciones resumidas en exceso. Ejemplo de esto último son las páginas dedicadas al recuerdo del revuelo que causó el descubrimiento de que las actividades de aquella suerte de Internacional Liberal que nació con el Congreso por la Libertad de la Cultura celebrado en Berlín en 1950 estaban financiadas por la CIA. El asunto, que afectó a figuras conocidas como Arthur Koestler y Raymond Aron —y, en España, a Tierno y Aranguren— daba sin duda para más espacio del que le es dedicado. En realidad, supone un botón de muestra de cómo en tiempos de guerra fría el debate intelectual estaba hiperideologizado y actuaban las largas sombras de las agencias de seguridad de las dos grandes superpotencias, jugándose de paso con la buena fe de unos intelectuales que no poseían, ni mucho menos, perfiles éticos idénticos. El paso de los años ha acabado afortunadamente con esas veladuras, siendo ya por fin posible un análisis que restaure la imparcialidad y erradique los maniqueísmos.

El incidente —ya lo he insinuado— alcanzó a la intelectualidad española antifranquista. Se trata de un suceso menor en la historia de la oposición al franquismo, la cual los autores recogen en su faceta cultural en un apretado epígrafe. Los trazos centrales están fielmente

recogidos, si bien, en mi opinión, el conjunto de la redacción se deja llevar por una autocontención quizá excesiva que imprime al relato un tono de crónica demasiado sobria, en la que se echa de menos mayor incisividad y capacidad de prolongación hacia el presente.

Picó y Pecourt resumen acertadamente las características de los diversos contextos de los que emanan las líneas más influyentes de la intelectualidad clásica: el franco-continental, el germánico y el anglosajón (receloso del poder el primero; comprometido con la causa nacional el segundo; centrado en la producción de expertos y *think tanks* el tercero). Además de ello, introducen en su reconstrucción el peso que la postura frente al marxismo otorga a los debates. A este respecto, las tormentosas relaciones que, a modo de encarnizadas «vidas paralelas», sostuvieron hasta el final Raymond Aron y Jean-Paul Sartre suministran un fructífero estudio de caso.

Los tres últimos capítulos del libro resultan a mi juicio especialmente atractivos. Con tono más crítico que histórico, dado que el curso de lo estudiado entra de lleno en el presente, los autores establecen una tipología de nuevos intelectuales, concebida con estimulante terminología y alto valor heurístico. Serían, en concreto, tales nuevos intelectuales, en primer lugar, «las estrellas del campus». Les seguirían «los profetas del mercado». Por fin, nos topáramos con «las celebridades activistas».

Desde el título del trabajo sabemos que, en opinión de Picó y Pecourt, «los intelectuales nunca mueren». Para demostrar que ello es así y que los intelectuales ahora simplemente se renuevan ante nuestros ojos, los autores despliegan una amena historia de acaparadores mediáticos y moldeadores de opinión (léanse, por ejemplo, Beck, Giddens o Bauman), economistas polémicos (piénsese en Bernanke, Lagarde o Krugman) y *celebrities* embarcadas en causas humanitarias (así, Bono, Barenboim o Jolie).

Todo ese fulgurante firmamento de astros globales y digitales da lugar a unas «nuevas representaciones» de la figura del intelectual que los autores resumen didácticamente en unos clarificadores cuadros. Así ponen punto final a una obra medida y bien desplegada, madura y audaz al mismo tiempo, que constituye una relevante aportación a un campo de reflexión inagotable.

José Enrique RODRÍGUEZ IBÁÑEZ
jeri@cps.ucm.es

Advances in Political Economy: Institutions, Modelling and Empirical Analysis

Norman Schofield, Gonzalo Caballero y Daniel Kselman (eds.)

(Berlin, Springer, 2013)

Si bien los orígenes de la economía política pueden rastrearse siglos atrás, la perspectiva que se maneja en esta obra encuentra su parentesco más inmediato en los trabajos seminales de científicos políticos y economistas como Downs (1957), Riker (1962), Buchanan y Tullock